

“El color de la ausencia”, de Jorge Basaldúa Silva

Sánchez Carbó, José

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/661>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



El color de la ausencia

de Jorge Basaldúa Silva. Puebla: Universidad Iberoamericana, 2013, 310 pp.

 **José Sánchez Carbó.** Docente y coordinador de la licenciatura de Literatura y Filosofía y de la maestría en Letras Iberoamericanas de la UIAP

una amplia gama de historias y de personajes con problemas diferentes cuyas vidas giran en torno a la migración

La novela de Jorge Basaldúa, *El color de la ausencia*, goza de muchos atributos perceptibles en la calidad narrativa, la reflexión sobre la frontera física y cultural, la estructura, el lenguaje apegado a la realidad que describe, la polifonía de voces, el empleo de sencillas pero contundentes imágenes, el uso de diálogos y la verosimilitud, por mencionar unos cuantos. Presenta una amplia gama de historias y de personajes con problemas diferentes cuyas vidas giran en torno a la migración. Específicamente pone atención en las causas culturales, políticas, económicas y sociales así como en los conflictos, las alegrías y las tristezas que este fenómeno provoca en una pequeña población como San Nicolás, en los *paisas* radicados en Estados Unidos y en las relaciones que van estableciendo durante la dura travesía.

El tema de la migración ha estado presente en la literatura mexicana desde la segunda o tercera década del siglo xx. En *Vámonos con Pancho Villa* (1931), la novela de Rafael F. Muñoz, encontramos uno de los primeros indicios ya que hace referencia al infame caso de un grupo de mexicanos que fue incinerado vivo por agentes de migración de El Paso, Texas. Según consta en el mencionado libro, “Pancho Villa lanzó un alarido cuando llegó a él la versión, agigantada en los vuelos de boca en boca, de que cuarenta mexicanos habían sido quemados vivos intencionalmente en El Paso”. Muchos años después, en 2009, Ignacio Solares retomaría este triste episodio para narrarlo en el relato “Los quemados del Río Bravo”. Ahí, por ejemplo, cuenta que “cuando Villa arengaba a sus hombres para invadir Columbus manejaba, precisamente, la cifra

Una novela

para las
personas
que viven

l a m i g r a c i ó n 

de cuarenta tatemados”. Además, el narrador, un anónimo sujeto que quiso vivir en carne propia la experiencia de cruzar la frontera, nos comparte otras infames noticias: “En Los Ángeles, California, se informó de un homicidio diario en 1884 y la mayoría de las víctimas eran mexicanos. En la década de 1890, el linchamiento de mexicanos era un suceso tan común en esa región y las aldeñas, que los periódicos no se preocupaban por informar los detalles”. Otros libros, a veces de difícil acceso, pero que igual dan cuenta de este problema son: *Murieron a mitad del río* (1948), de Luis Spota; *Brazos que se van* (1955), de María Luisa Melo de Remes; *El río de la misericordia* (1965), de Mauricio González de la Garza; *La frontera de cristal* (1995), de Carlos Fuentes; *Welcome coyote* (2008), de Ulises Morales Ponce; *Al otro lado* (2008), Heriberto Yépez; y *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013), de Alejandro Hernández, este último sobre la migración mexicana y centroamericana. Esta nómina puede extenderse al sumarle la llamada literatura sobre la frontera que consigna innumerables casos de migraciones exitosas y una abrumadora cantidad de fracasos y tragedias.

La singularidad de *El color de la ausencia* recae en la apuesta por abordar el mismo tema aunque abarcando lo que se reconoce como el circuito migratorio, es decir, no sólo se detiene en la experiencia del cruce fronterizo, en esa zona que “es mucho más que una línea divisoria” (141), sino que indaga cómo la migración afecta a distintas personas en lo social o en lo individual, así como a diversas regiones, costumbres o tradiciones. Ante tal reto logra configurar un microcosmos complejo, variopinto y rico en sugerencias a través de un nutrido grupo de personajes e historias de vida que entretije de manera magistral.

En *El color de la ausencia* encontramos a adolescentes, jóvenes, adultos y viejos, hombres y mujeres, con voces y propósitos diferentes, como Jonás, un profesor y pintor, alguna vez residente en Estados Unidos, preocupado por la historia de México, la identidad y el náhuatl, que para combatir el olvido está decidido a hacer algo por su comunidad pintando un mural; Micaela una joven enamorada que vive esperando el retorno de Jacinto; Jessica, hermana de Micaela, que ha adoptado la mayoría de las modas del país vecino; Sharon, la prima adolescente, nacida en los EUA, que visita por primera vez el pueblo en el que nacieron sus padres; *Los Raviolos*, una pandilla del pueblo liderada por el Johnny (otro ex residente en Nueva York); Tony un joven que vive la mayor parte del tiempo en Estados Unidos no obstante regresa periódicamente al pueblo para trabajar en el campo con su papá; Julián que vive y sufre dilemas juveniles y ritos de iniciación que lo mantienen entre el mundo de las pandillas y el de la escuela; también está Isidro a quien acompañamos en su recorrido, obligado en parte porque en el pueblo se tiene la idea de que “allá te haces hombre” (77), pese a las dudas que tiene por abandonar o no a Demetria, de quien está enamorado; Lucio Macotella, director de una escuela primaria en uno de los pasos fronterizos, Altar; el doctor Félix en la misma localidad;

Rodrigo Figueroa, profesor y asistente a un encuentro sobre temas de migración; y el capítulo final donde de forma simultánea se experimenta la celebración del santo patrono del pueblo en ambos lados. Todas estas historias, estas vidas, están relacionadas con problemas sociales como la pobreza, el campo, la educación, la violencia, la drogadicción o el machismo.

Lo anterior resulta una simplificación excesiva de la diversidad que converge en la pequeña población representada en la novela, pero nos da una idea aproximada del desafío al que se enfrentó Jorge Basaldúa para encontrar la forma apropiada para representar tal heterogeneidad y mantener la atención del lector en cuatro, cinco o seis líneas argumentales simultáneas para resolverlas todas al final.

En *El color de la ausencia* aparecen muchos protagonistas, no uno como sucede en la novela tradicional. Por esto la resolución estructural es uno de los aspectos que más llaman la atención, porque aun siendo compleja la presenta de forma sencilla y tiene una perfecta coherencia con el propio contenido. ¿Cómo logra mantener la atención del lector en cinco o seis pistas a la vez? Creo que podemos encontrar la respuesta si comparamos la novela con un mural, como el que se va pintando a lo largo de la novela. El mural en cierto sentido también es un relato gráfico de gran extensión que le permite al espectador observar sincrónicamente varias etapas o sub-relatos. Además, describir y narrar en ciertos casos son usados como sinónimos de pintar. Así

El color de la ausencia, con todas las historias, personas y conflictos que hemos mencionado, se construye a partir de breves capítulos, tal como si fueran los detalles de un mural. Los personajes que en un principio aparentemente están dispersos, poco a poco se interrelacionan para crear ese efecto de espacialidad y de simultaneidad.

La realización del mural pensado y pintado por Jonás camina a la par del relato en cuanto a forma y fondo, básicamente en el cómo, el qué y el para qué contar la historia de un pueblo y los efectos que desemboca en él un fenómeno como la migración. Esto es un mérito digno de destacar. Incluso muchas de las reflexiones expresadas por Jonás a través del narrador y algún otro personaje podemos utilizarlas para explicar la propia forma de la novela.

Para comprobarlo resulta conveniente leer algunos fragmentos, en realidad me gustaría citar muchos más por su calidad, pero me limito a los siguientes. Jonás pinta un mural en San Nicolás porque le “interesa que la gente del pueblo no olvide el pasado” (30) y lamenta que para los niños y los jóvenes “lo único importante es lo nuevo” (30). En el mural aparecen el cura Miguel Hidalgo y Costilla, Josefa Ortiz de Domínguez, José María Morelos y Pavón, Ignacio Allende, Benito Juárez, Porfirio Díaz, Emiliano Zapata y Lázaro Cárdenas, junto con otras imágenes: “la ofrenda de muertos, el Santo Patrón, la iglesia, la plaza, la danza de moros y cristianos, el calendario de fiestas y el jaripeo” (90). Sin embargo, cuando casi estaba acabado el trabajo, Jonás, “al mirar el conjunto no estaba satisfecho, repasaba uno a uno los gestos de las caras, los colores usados, las dimensiones y las correspondencias, todo estaba en su sitio pero el hilo que movía el relato no lo encontraba por ningún lado [...] los elementos estaban ahí pero se mantenían distantes unos de otros, como un muro de ladrillos superpuestos, sin cemento, sin continuidad y fortaleza” (91-92). Reconocer la importancia de la gente del pueblo logró el efecto deseado, entonces: “El mural tenía muchas viñetas pequeñas que plasmaban momentos en la vida del pueblo, Jonás las había pintado entre las grandes figuras históricas para generar un relato paralelo capaz de darle unidad a su obra. Poco a poco los pequeños relatos se conectaron entre sí y cobraron fuerza dentro del conjunto” (245).

Para otro observador del mural, tanto los héroes de la patria como los momentos de la vida del pueblo son fundamentales, ya que aunque “conozcamos a todos estos señores no está demás volverlos a poner, si uno se fijara sólo en ellos tendría una mirada estrecha de lo que somos, pero está bien dejar que el que vea decida. Al pintar a los héroes ya le diste a la autoridad materia para sus discursos, ellos no van a mirar más allá, no sólo porque no quieren sino porque no saben. Toda la vida se la han pasado hablando de los grandes acontecimientos que nos dieron nombre [porque] es más fácil lidiar con una historia que se cuenta de un hilo que poner atención a las distintas voces que andan por las calles todos los días” (294).

Y casi para terminar cabe destacar que también acierta Jorge Basaldúa cuando los protagonistas son precisamente “las distintas voces que andan por las calles todos los días”. Por este motivo descubre a través de la licencia literaria otra perspectiva, quizá más íntima y humana, de los dramas y esperanzas propios de las personas que migran y de los familiares que se quedan. El texto tiene un gran valor humano. Si bien hay una bibliografía consistente en lo que respecta al tema de la migración, ya sea literaria o académica, son escasas estas perspectivas, de ahí su originalidad y pertinencia.

El color de la ausencia es una novela para las personas que viven la migración; para los investigadores, pues aporta perspectivas más ligadas a lo cualitativo; para los estudiantes de los cursos donde se aborde este tipo de temática, pero sobre todo para los lectores de literatura, sin más, sin apellidos.